



Seix Barral Biblioteca Breve

Philip Potdevin
La sembradora de cuerpos

A Patricia Afanador

And builds a Heaven in Hell's despair.

WILLIAM BLAKE

1.

Una joven escucha las aves mientras observa el río pardo-ocre-sepia desfilando como una marcha luctuosa frente a su casa. De los matorrales en la orilla emerge un alboroto de guacharacas y caracaras que semejan risotadas. Unas pavas se mueven nerviosas detrás de los arbustos y llaman sin cesar a otra que se alejó y corre peligro. Más allá, una bandada de pericos verde amarillentos alza vuelo en atropellada algarabía. Los cantos se solapan sobre un continuo de chirridos de grillos y cigarras. Frida —Sigfrida no permite que nadie la llame por su nombre— hace un esfuerzo por aislar cada sonido, y lo consigue. Intenta sonreír, como sacudiéndose la modorra ocasionada por un brebaje. Es impetuosa, ha hecho demasiado rápido el tránsito de la inocencia a la experiencia. Hoy sus ojos carbón, como dos hondos pozos que se han secado y vuelto a llenar cientos de veces, son los de una mujer curtida. Aquí, ahora, es posible envejecer años en

un día o dos; a veces, en un par de horas. Aguza el oído. La embelesan los gorjeos, los trinos, los gritos, los silbidos y los ululatos de las aves. Además, ha aprendido a reconocer las diferentes especies.

Cuando no está en la escuela o en casa ayudando a su madre, juega a la orilla del río con sus amigas. Le gusta hundir las manos y moldear el viscoso cieno que despide un olor dulzón y picante para hacer figuritas humanas, familias enteras que deja secar al sol amelcochado de la mañana. Al día siguiente regresa y reinicia su juego, pues aquellas que el río no se llevó se han agrietado y deshecho al calor de las primeras horas. Ella es autóctona de este lugar, al igual que los demás que viven aquí. Nadie recuerda haber vivido en otra parte; esta gente tallada en ébano tampoco pregunta por su inequívoca y remota cepa, arrancada de raíz como tubérculo y trasplantada a la brava a lejanas tierras de labrantía. Así como las piedras son los huesos de la tierra, ellos, los habitantes de Las Brisas, brotaron de la tierra, germinaron como la yuca, el arroz y el maíz que cultivan en los solares de las casas frente a la frontera verde del bosque. Esto lo aprendió Frida una mañana de la vieja Gerónima —la curandera, partera, plañidera, cantaora y pitonisa de Las Brisas; la que conoce los secretos y las tradiciones de los ancestros; la más respetada y, también, la más temida; la que todos llaman ña Ge—, cuando fue a buscar a su casa un linimento verdinegro de hierbas para frotar las rodillas de su madre.

Frida ama a su madre y a Lita y Rosario, sus hermanas, aunque no siempre sepa cómo expresar ese amor. Sabe que ellas la necesitan. Las manos de la madre responden mal, como enguantadas por carnaza, y le cuesta trabajo remendar las atarrayas de los hombres en trueque del pescado que recibe. Frida la reemplaza con destreza en esa labor. Aquella vez que visitó a ña Ge volvió con el unguento mantecoso preparado a base de aceite de coco, sábila, milenrama, hojas de san Juan, árnica y consuelda, y, a pesar de las advertencias de su madre, estuvo allá unos minutos más de los necesarios para escuchar las historias de la vieja.

—Esa mirada de currucutú me asusta, niña —dijo recelosa ña Ge, y soltó una carcajada.

Procedió entonces a anudarle en la muñeca izquierda una manilla coral y púrpura tejida con fibras, y un único encargo: «No te la quites». Frida conoció la historia de Las Brisas, de cómo sus pobladores fueron paridos por la tierra cobriza aladaña al río una noche sin luna y tras una crecida que inundó todo. Cuando las aguas se retiraron, el fango cocinado y quemado al sol comenzó a agrietarse, a abrirse en pequeños agujeros que despedían un aroma a pimienta negra y, al llegar la noche, emergieron alegres y seguros, la sonrisa inmaculada y la piel umbrosa. «De ese largo abrazo entre río y tierra nacimos», dijo ña Ge. La vieja desdentada que siempre muerde un tabaco narró el cuento de un tirón, sin que la niña lo pidiera; bastó verle la curiosidad en los ojos carbón

y la rebeldía en el matorral espeso de rizos azabache. Al terminar, Frida tomó lo que había vaciado ña Ge en una totuma de calabaza y se despidió.

—No me diga niña.

Desde ese día siempre encuentra pretexto para regresar: cuando no a buscar el linimento de hierbas para las rodillas, los tobillos y las manos, a encargar un bebedizo para el cólico, el mal de riñón, el dolor de cabeza o la tristeza que, de vez en cuando, y cada vez más, aqueja a su madre como una sombra cosida a sus pies, a su lomo, a su alma. Frida prefiere reconocerse como hija de esta tierra y no de su propia madre, si bien sabe que ella la parió hace doce años, casi trece, y hace cinco, a sus dos hermanas. En las conversaciones socarronas de sus amigas, cuando bajan al pozo del río, ha escuchado cómo se hacen los niños. Además, tiene la misma piel pardo-oliva, el mismo pelo apretado, la misma boca generosa, los labios profusos y los ojos desmesurados y desconsolados de la madre.

Un anciano la vigila siempre. No tiene edad; lo conocen como Coronado. Es un pescador esgalamido que viste una camiseta que perdió hace años la propaganda estampada, y que alguna vez fue blanca y ahora es canela, un pantalón raído de lino burdo arremangado a las rodillas y un sombrero de iraca. Permanece descalzo. La ve pasar a la escuela como una proyección lenta, el rostro oscuro desplazándose sobre el encalado de una casa, con un avanzar casi espiritual; otras veces la mira cuando ella se detiene a la orilla del río, atenta a los cantos de las aves, como

si de ellas dependiera la dirección del próximo paso. Coronado se acerca circundado del humor amargo y rancio de su cuerpo, señala las ramas o las copas de los árboles hasta que Frida descubre sus plumas ocultas entre el follaje; también las muestra en pleno vuelo, cruzando el cielo azul o picoteando el suelo cenizo en busca de un gusanito; a veces, las pilla sobrevolando a ras de las aguas achocolatadas del río. El pescador identifica las aves en la noche no más escucharlas. Con la paciencia que traen los años de soledad, enseña a Frida a distinguir cada especie y su canto.

Ningún otro de los pequeños de Las Brisas arri-
ma a Coronado. Le tienen miedo. El viejo vive a dos
casas de Frida y cultiva maíz en el linde del bosque.
Cada vez habla menos. Dicen —lo repite la madre de
Frida, pero también otras personas— que desde que
perdió a su hija, se volvió taciturno, apagado como
un animal enjaulado. Solo cuando está en presencia
de las aves se transforma, como un ilusionista que
en un abrir y cerrar de ojos muda su vestimenta. Las
imita con la modulación de sus labios, su boca y su
garganta. Frida aprende a nombrar el águila, el ga-
vilán y el halcón; las loras, las cotorras y los pericos;
las pavas de monte y las guacharacas; el chupaflor, el
colibrí picorrojo y el pechiverde; el carpintero jabado
y el trepador rayado; el rastrojero, el cucarachero,
el hornero patiamarillo y el hormiguero negro; el
martín pescador, el turpial de cabeza amarilla y el de
cabeza roja; la perdiz blanca, la tortolita y la rabiblan-

ca; el mochuelo, el bienparado, el búho, el currucutú y la lechuza. Intenta imitarlas, como Coronado, pero resulta imposible.

Asomada por la ventana de su casa, la mirada desvanecida, no siempre escucha a su madre pedir ayuda con Lita y Rosario; parece ausente, extraviada entre el melodioso bullicio de las aves, pero también en el avanzar vagaroso y vacilante del río. El río es viejo y, aun así, voluptuoso; reticente, mas no por ello remiso; amplio, profundo, potente en su pesadez; parece por momentos extenuado, como si careciera de fuerza para alcanzar su destino y rendir sus aguas y lo que arrastra. Frida lo conoce bien, siempre ha estado allí, desde que se asomó por primera vez fuera de casa. No conoce otros; para ella este es *el río*, este es *su lugar*.

También conoce la muerte en su forma más atroz; la ve pasar delante de sus ojos todos los días. La descubrió hace algunas semanas cuando miraba los grandes pájaros apizarrados sobre la superficie ondulada del río deslizándose casi ingravidos, sus cabezas erguidas y atentas a cualquier amenaza. «¿De dónde vienen?», preguntó inquieta. «¿Qué hicieron, mamita, para que haya pasado eso?». Su madre no contestó y la abrazó fuerte contra su cuerpo, como si quisiera ahogar una verdad indecorosa. Canturreó, la boca apretada, una canción con un estribillo que aprendió desde niña de su madre. *Olelé, Oleilá, ¡Ay, negra, mamá dejó de llorar!...*

Frida no deja de vigilar el río; la diferencia es que nunca vuelve a preguntar. Entendió. La escena se repite: gallinazos, buitres, cuatro o cinco, posados sobre cadáveres que flotan entre otros escombros putrefactos o roña que traen las aguas: retazos de muebles, colchones, palos, chamizos, botellas y bolsas de plástico. Basura. Casi siempre ni siquiera son cadáveres, sino apenas miembros de lo que alguna vez fueron cadáveres completos: piernas, brazos, troncos sin cabeza.

A veces el río baja en las mañanas más claro y arroja fulgores dorados, ámbar y ocre, mientras que en las tardes, cuando cae el sol sobre las aguas, produce visos que van desde el zanahoria hasta el siena, pasando por el caramelo, el melón y el bronce. Cada día Frida juega menos a modelar figuras humanas. En noches de luna platinada sale de casa y se aproxima a la orilla y permite que las aguas mojen sus pies, y distingue, entre la escombrera que trae el río, los pedazos de cuerpos que sobresalen como raíces de una planicie lavada por la lluvia. No eleva plegarias; apenas si observa y escucha el rumor del río, que no hace sino murmurar lo que ha presenciado aguas arriba. Cree, quiere creer, que antes no bajaban muertos; quizá siempre han bajado, pero ella no sabe nada del pasado, es joven para conocerlo, y el pasado es más profundo que el río.

El piso de su casa es de barro pisado. Las ventanas desvencijadas no tienen vidrios ni anjeos, solo trapos que alguna vez fueron carmesí. La única habitación la comparte con su madre y sus hermanas. La casa es fresca; a pesar del techo de cinc, el aire circula libre. La sombra de los marañones, los yarumos y los balsos ayuda. Afuera, protegida por un cobertizo, la cocina se recuesta contra un muro como si pidiera permiso. El fogón se levanta sobre ladrillos. A un costado, en un tablón, hay yucas y plátanos, dos ollas, una cacerola, una olleta, un cuchillo y tres platos que comparten entre ellas. Dos pocillos que perdieron hace tiempo las asas se usan para la aguapanela, el café o el chocolate. Todo permanece limpio para evitar las moscas; eso lo aprendió Frida de su madre. Ella, la madre, saluda a los que pasan enfrente de la casa, menos a Coronado, que quizás es quien lo hace con más frecuencia. El pescador apenas si se da por enterado de las habladurías de la madre, como el sordo que intuye el rugido de un trueno distante. Los hombres del pueblo lo miran con recelo; ni siquiera con ellos congenia. «Es un viejo maluco», masculla la madre entre dientes tras verlo señalar a la niña los pájaros, o al regreso del río, el pucho de habano apagado en la boca y dos bocachicos gris-ceniza colgados de una vara que hace equilibrio sobre su hombro. «Ándate con cuidado, mi niña», advierte,

pero Frida no hace caso, así su madre la increpe cada vez que la sorprende al lado del viejo.

No más de cinco o seis días después de que inicia la procesión de gallinazos en el río, Frida observa salir de la orilla una champa empujada por Coronado. En la proa que abre las aguas se posa, como si fuera guía de la expedición, una garcita rayada, plomiza y plata de ceja amarillenta. Otra avecilla, un martín pescador azul rey, de pecho maíz, busca sitio sobre el hombro del anciano, sin espantarse por el movimiento que hace al impulsar el remo en el agua. Al llegar al pajarraco más cercano, Coronado lo espanta con el remo, y el martín, asustado, levanta el vuelo. El viejo se dobla sobre las aguas para recoger un pedazo de lo que fue alguien antes de morir. Lo arroja al fondo de la champa —Frida no cree lo que ve—, continúa bogando hasta el siguiente gallinazo y repite la operación. Una decena de veces espanta, hinca, recoge y tira adentro.

Regresa a la orilla, donde se arremolina una muchedumbre de criaturas como larvas en una herida infectada. Frida, pero también mujeres mayores y algunos viejos descamisados, han presenciado la labor del pescador al que tienen por loco o idiota. La madre trata de arrastrar a Frida a la casa, pero ella se escabulle. Todos manotean y gritan: que devuelva al río lo que es del río, que no interrumpa lo que arrastra. No